

FABIANA PERALTA



En tus brazos...
y huir de todo mal, I

SEDUCCIÓN

*En tus brazos...
y huir de todo mal, I.
Seducción*

Fabiana Peralta



Había sido una jornada agotadora de esas que no terminan nunca, y su superior había estado todo el día de un humor de perros. «Bien, un día más he conseguido no mandarla a paseo —pensó mientras caminaba hacia la salida—, aunque no la culpo por estar tan malhumorada.»

Mientras se alejaba, Paula consideraba la actitud de su jefa y sacudía la cabeza. Hacía una semana que en la oficina se trabajaba contrarreloj para preparar todos los informes que les habían pedido ante la inminente llegada al país del hijo del dueño de la compañía.

El señor Alexander Masslow era el encargado de inspeccionar las sedes que la empresa familiar poseía en el exterior, y llegaba para recorrer las de Latinoamérica, en especial las de Argentina y Brasil. Estas últimas eran las mejor posicionadas en el mercado, y la casa matriz planeaba una inyección de capital a la que mejor propuesta le presentase; la que lo consiguiera, tenía garantizada su expansión con una campaña que sin duda haría sombra a la competencia.

Necesitaban esa ayuda para echar toda la carne en el asador y posicionarse al año siguiente en primer lugar en ventas. Ambas sedes iban a recibir algún tipo de asistencia, pero quien elaborase el mejor proyecto sería objeto de la más jugosa. «¿Hasta en esto tenemos que rivalizar con los brasileros, no les basta con que nos destripemos en el fútbol?», pensó Paula mientras caminaba.

El calor en Buenos Aires era agobiante, estaban casi en diciembre, y eso le hizo recordar que sus ansiadas vacaciones llegarían en sólo un mes; las esperaba ansiosa. «Enero, querido mío, llegá pronto», pidió en silencio. Caminaba fastidiada y cargada con su bolso y el maletín del Mac. «¿Qué llevo acá adentro? ¿Piedras? Cuando llegue a casa voy a revisar la cartera y sacar todo lo innecesario. ¿Por qué las mujeres tenemos la costumbre de cargar con cosas que jamás usamos?» Aquella mañana —para colmo— había llegado tan apurada que no recordaba dónde había apar-

cado su coche. «¡Despiste total! No me extraña, ¡ja!», se reprendió. De pronto, mirando tres filas a la derecha, divisó el techo negro de su Volkswagen Scirocco y se encaminó hacia él. «Bueno, después de todo no lo había dejado tan lejos como creía», suspiró mientras se acercaba; después desactivó la alarma y el mando a distancia del coche pitó. Pero al abrir la puerta, Maxi la cogió por el brazo y la hizo girarse.

—Lo siento, no era mi intención asustarte —le dijo su compañero a modo de disculpa, después de ver la palidez de su rostro.

—¡Casi me muero de un paro cardíaco, Maxi! ¡Por Dios! ¿Qué hacés?

—Pasé por tu mesa y la secretaria de Natalia me dijo que ya te habías ido. —Estaba agitado y sin aliento, como si hubiera participado en un maratón; se apoyó en el techo del automóvil y, mientras intentaba nutrir sus pulmones de aire otra vez, prosiguió—: Uf, corrí por todo el estacionamiento para alcanzarte.

—¿Por qué no me llamaste?

—Tenés razón, no se me ocurrió, sólo pensaba en encontrarte.

—Pero... ¿por qué tanta urgencia?

—Pau, hoy trabajé como un burro todo el día y me fue imposible pasar a verte con tanto lío que hay en la oficina por la llegada del yanqui.

Maximiliano García era su compañero y colega, además de un hombre bastante apuesto: un metro setenta y cinco de estatura; delgado; cabello castaño claro y ojos color miel; de hecho, había varias chicas del departamento de sueldos que se morían por él. Ambos trabajaban como administradores en la planta de finanzas de Mindland, una cadena de indumentaria estadounidense; pero no se conocían de ahí, sino de mucho tiempo atrás. Habían estado juntos ya en la escuela primaria, aunque luego él y su familia se habían mudado de Mendoza al gran Buenos Aires y habían perdido el contacto. Por aquellas casualidades del destino, volvieron a encontrarse mientras estudiaban la carrera de Administración de Empresas en la Universidad de Belgrano, donde en seguida retomaron la amistad de la niñez y se convirtieron en uña y carne.

Paula siempre se había llevado mejor con los hombres que con las mujeres y eso, según le había contado su madre, era así desde la guardería. En la actualidad, y aunque también tenía algunas buenas amigas, prefería encomendar sus confidencias a Maxi y Mauricio, su otro mejor amigo; los tres eran inseparables.

—¿Y qué cuernos te pasa?

—Pau, vayamos a tomar algo y te lo cuento. No aguanto más este calor, Buenos Aires hoy está que arde.

—Es que tengo clase de pilates a las seis y media —le dijo ella mientras miraba su reloj—. Vayamos mejor a mi casa y me contás mientras me cambio.

—De acuerdo.

Metida ya en su Scirocco, y después de abrocharse el cinturón de seguridad, Paula se colocó las gafas de sol y conectó su iPod a los altavoces a todo volumen. Mientras empezaba a tararear las canciones de Sin Bandera, salió de allí, tocó el claxon al vigilante y éste le abrió con gentileza la barrera, tomó la avenida que la llevaba a Libertador y se adentró en el tránsito.

Mientes tan bien que he llegado a imaginar...

—*Qué pena que ya no estén juntos* —siguió canturreando mientras conducía.

*Que en mi amor llenas tu piel y aunque
todo es de papel mientes tan bien.*

Maximiliano la siguió —podía verlo por el retrovisor— hasta su apartamento, que quedaba muy cerca del trabajo, y Paula metió el coche en el garaje, puesto que pensaba ir al gimnasio caminando. Maxi estacionó su automóvil y ella se apresuró a sacar sus cosas del asiento trasero, pero él ya la esperaba junto a la puerta del ascensor con la mano extendida para que no se cerrara. Ella corrió para alcanzarlo y sus tacones rebotaron en el aparcamiento subterráneo haciendo eco.

—¡Qué calor hace! —se quejó ella.

—Sí, es terrible, sólo a vos se te ocurre ir al gym a sudar en un día como hoy.

—¡Ay, amigo!, es que llega el verano y para lucir mi biquini sin culpa debo bajar los kilitos de más que he acumulado en invierno.

—Pero ¡sí estás impresionante, tenés un culo que hace delirar a más de uno! —Maxi sonrió con picardía mientras se lo miraba con descaro—.

Sólo basta con fijarse un poco en cómo te miran cuando te paseas por los pasillos de Mindland.

—Dejá de decir estupideces, ¿querés? —Paula le dio un puñetazo en el brazo para que controlara sus comentarios.

—Federico, el de Archivo, me tiene loco con vos; me pide que quedemos con alguna otra chica y salgamos los cuatro juntos.

—Ni se te ocurra organizar nada, te conozco, y ese chico no me gusta ni un poquito así —le espetó uniendo el índice y el pulgar—. No es mi tipo —su tono de voz era concluyente.

—¿Por qué? Es alto, rubio, tiene buen físico y, además, tiene onda. Me contó que tiene una casa en Mar de las Pampas; podríamos ir ahí cualquier fin de semana, a montarnos en su moto acuática. ¿No te gusta la idea? Podría invitar a Marisa e ir los cuatro.

—¡Como si todo eso me importase! ¡Basta, Maxi! Federico no me gusta y, además, ¿cómo con Marisa? ¿Qué pasó con Daniela?

—Nos peleamos —dijo apesadumbrado—, eso es lo que quiero contarte.

Llegaron al noveno piso y, al salir del ascensor, Paula le preguntó intrigada:

—¿Qué hiciste ahora? —Apenas entraron al apartamento, se despojó de los tacones, acomodó el maletín sobre la mesa y tiró su bolso sobre el sillón.

—Nada, te juro que nada, pero...

—Pero ¿qué, Maxi? —La cara con que Paula lo miraba daba a entender que los «peros» de su amigo siempre encerraban algo más, algo que no solía ser bueno.

Maxi fue a la cocina a buscar bebidas frescas, se arremangó las mangas de la camisa y se desabrochó el botón del cuello; mientras él se ocupaba de los refrescos, ella puso música.

Entre ambos existía una confianza plena, su relación de amistad era tan estrecha que actuaban con mucha naturalidad y, a veces, los extraños se confundían y llegaban a creer que eran algo más que amigos. En muchas ocasiones, eso les había traído problemas con sus parejas —a Paula le había generado algunos inconvenientes en su antigua relación con Gustavo—, que no solían entender el trato íntimo que tenían y terminaban por sentir celos. La joven fue hasta su dormitorio y se quitó las pren-

das que llevaba puestas quedándose en ropa interior; no sentía pudor alguno frente a Maxi, porque sabía que él siempre la miraría con ojos de hermano. Mientras buscaba su conjunto deportivo en el primer cajón del armario, el atontado de Maximiliano le apoyó la lata de gaseosa en la espalda desnuda y la hizo gritar.

—¡Aaaaaaaah! ¡Pedazo de bromista, sos un tonto! —Él se sonrió y extendió su mano para alcanzarle la bebida. Paula le dio un gran sorbo y se la devolvió para que se la sostuviera mientras se ponía el pantalón y una camiseta. Maxi estaba apoyado en la entrada del vestidor—. Bueno, dale, desembuchá, ¿qué estupidez te mandaste ahora con esa pobre chica? ¡Esa mujer soporta más de lo que cualquiera podría aguantar! —Él puso cara de «yo no he sido» y a ella le pareció una expresión sincera, puesto que sabía reconocer con claridad cuándo le mentía.

—Te lo juro, amiga —volvió a repetir su promesa—, te juro que no hice nada, pero Daniela leyó un mensaje de Laura y se imaginó cualquier cosa.

—¿Laura otra vez, Maxi? —le preguntó con cansancio—. ¿No me habías dicho que con ella nunca más?

—No ha pasado nada, Paula, sólo coincidimos el otro día en la casa de Mauricio y, cuando me fui, me envió un whatsapp para decirme que se había divertido mucho. La mala suerte hizo que Dani lo leyera, pero te juro que estuvimos hablando, nada más. Fue la primera vez que, al verla, no intento ligármela o cogérmela.¹

—Hum, no te creo —quiso ponerlo a prueba para ver si realmente le estaba diciendo la verdad.

—Necesito tu ayuda —Maxi juntó sus manos a modo de súplica—, tenés que hablar con Dani y explicarle, no quiere escucharme. Ayer le dejé quince mensajes de voz y no contestó a ninguno de ellos.

—¿Y acaso creés que a mí sí va a creermé? Sabés a la perfección lo que piensa de nosotros, está segura de que nos cubrimos en todo. De todas formas, dejame intentarlo, la llamo y te cuento.

—Gracias, amiga, sabía que podía contar con vos. —La abrazó, le dio una vuelta en el aire y le llenó la mejilla y el cuello de besos.

—Bueno, no festejes tanto que aún hay que ver si la convenzo. ¿O te

1. Tirármela. (N. del e.)

olvidás de que la última vez te descubrió en la puerta del baño del restaurante de Marcos besándote con ésa?

—Ese día, jella me besó a mí! —intentó defenderse Maxi.

—Ay, sí, claro, pero la tenías bien agarrada de la nuca y te estabas apoyando en ella mientras la devorabas, Maxi, yo también te vi aquel día, así que no te me hagas el santito.

—Pero esta vez te juro que no ha pasado nada de nada. Le podés preguntar a Mauricio si no me creés.

—Dale, bobo, como si él no te hubiera hecho de tapadera alguna vez. De todos modos, te creo, pero ni se te ocurra decirle a ella que le pregunte a Mauricio; eso sonaría menos creíble todavía.

—Entonces, si me arreglo con Dani, hablo con Fede y salimos los cuatro, ¿te parece?

—Te acabo de decir que no me gusta —insistió Paula mientras se calzaba las zapatillas, sentada en el borde de la cama.

—¡Amargada!, últimamente nadie te gusta. ¿Cuándo vas a olvidarte de Gustavo? ¡Él ya está casado! Además, ni que fuera Brad Pitt, ni siquiera tiene buen aspecto, sólo es un abogaducho engréido. ¡Date la oportunidad de conocer a alguien más!

—No soy una amargada, Maxi, y lo que me pasa no tiene nada que ver con Gustavo. No sé por qué lo mencionás, simplemente no quiero liarme con nadie de la oficina y, además, Federico ni me gusta.

—Está bien, no insisto más, ya me quedó claro. ¿Qué hacés esta noche?

—Me he traído trabajo de la oficina.

—¡Uy! ¡La fanática del control! Pero si hoy es viernes, tenés todo el fin de semana para hacerlo. Vamos a ir al Tequila con Mauricio y me dijo que te avisara de que había llegado su primo de Nueva York.

—¿Quién, Mikel?

—Sí, él.

—¡Uy!, ese bombón tiene buena onda. La última vez que estuvo en Buenos Aires nos fuimos de fiesta durante quince días.

—Lo recuerdo bien, nos fuimos a Punta del Este, ¿te acordás lo bien que lo pasamos?

—Síiiii —se rió ella entusiasmada—, ¡le queríamos enseñar a hablar español!

—Bueno, entonces, ¿venís? —A Paula le bastaron sólo unos segundos para decidirse; de repente, le entraron unas enormes ganas de despejarse.

—Me convenciste, Maxi.

—¡Hecho! Te vamos a pasar a buscar con Mauricio, aunque creo que dejaremos su coche en el hotel del primo, porque parece que Mikel vino con un amigo suyo que tiene mucha plata y hasta chofer.

—¿Y vamos a caber todos juntos en un solo coche?

—En todo caso, nosotros nos iremos en un taxi, por eso no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? ¿Y si a mitad de la noche te enganchás a alguien y me quedo colgada?

—¡Te digo que no, que tengo el corazón roto! Sólo pienso en Daniela, estoy deseando que hoy nos la encontremos.

—De acuerdo, ¿a qué hora me pasan a buscar?

—Sobre las nueve.

—Listo, Maxi, ahora bajemos o llegaré tarde a mi clase.

Se despidieron en la calle con un abrazo, Maximiliano partió en su coche y ella se colocó los auriculares del iPod, mientras caminaba hacia el gimnasio a ritmo de reggaeton.

A las ocho ya estaba de vuelta. Mientras se preparaba para pegarse una ducha, se tomó una bebida isotónica, se quitó las zapatillas sin desatarlas y se deshizo de la ropa, para meterse bajo el chorro de agua, necesitada de alivio y relax. En menos que canta un gallo, enjabonó su cuerpo, lavó su larga cabellera castaña y, sin más dilación, cerró el grifo. Maxi estaba acostumbrado a esperarla y nunca se quejaba, pero Mauricio era el ser más quisquilloso del mundo con la puntualidad y no quería escucharlo protestar.

Se secó y alisó el pelo con el secador de mano y la plancha, se miró en el espejo del baño y se sintió conforme con el resultado, luego se ocupó de maquillarse. Delineó sus grandes ojos verdes, maquilló sus párpados con una sombra gris oscura que combinaba con el vestido de lentejuelas plateadas que pensaba ponerse, añadió un poco de color a sus mejillas y se aplicó abundante brillo labial para que lucieran bien carnosos y apetecibles.

«¡Qué mona, Pau, qué bien te ves!», se elogió mientras se miraba al espejo. Estaba entusiasmada con la salida, así que a toda marcha se dirigió al vestidor, se puso un conjunto de ropa interior de encaje negro y acomodó sus senos, levantándolos, para que parecieran más turgentes dentro del sujetador. Después se enfundó en el vestido que había elegido y, para los pies, eligió unos Ricky Sarkany con quince centímetros de tacón, que estaban de muerte y que hacían que sus piernas parecieran aún más largas. Se echó una última mirada en el espejo. «Pau, sin duda, hoy estás muy sexy», pensó para sí misma. En ese preciso instante, sonó el timbre del portero automático.

—¿Quién es?

—Maximiliano. ¿Estás lista?

—¡Ya bajo! —El SUV negro de Mauricio estaba aparcado en la entrada del edificio y Paula se acercó para abrir la puerta de atrás. Subió y saludó a ambos hombres con un beso en la mejilla mientras luchaba, denodadamente con su vestido, que era demasiado corto; los tres estaban muy animados.

—¡Guau! —exclamó Mauricio—, te has tirado todo el frasco de perfume encima y te has pintado como una puerta.

—No seas malo —la defendió Maxi—, está hermosa.

—No te preocupes, Maxi, los comentarios de este estúpido no me afectan. Ya estoy acostumbrada a sus burlas y, como le conozco el juego, ni lo oigo.

En realidad, el humor ácido de Mauricio tenía la clara intención de levantarle el ánimo. Desde que había pasado lo de Gustavo, él consideraba que su obligación era mantener la mente de Paula ocupada para que no pensara en lo ingrata que la vida había sido con ella. Y aunque había pasado ya bastante tiempo, no abandonaba esa actitud sobreprotectora con su amiga. Mauricio arrancó y la miró por el retrovisor, desternillado de risa, mientras le sacaba la lengua.

—¿Y Clarisa? —le preguntó Paula, interesándose por su novia.

—Va directo al Tequila con unas amigas —le contestó él sin levantar la vista de la carretera—. Ni ella ni las chicas podían llegar temprano.

—¿Con quién va? —preguntó ella al despiste, con la esperanza de que no la acompañara quien ella imaginaba.

—Con Estefanía y Laura.

—¿Con Laura? —exclamó con fastidio y, sin pensarlo, le dio un coscorrón a Maxi.

—¡Pedazo de desgraciado! Si esta noche pasa algo con Laura, no creas que voy a dar la cara por vos frente a Daniela, que te quede bien clarito.

—¡Ay, no seas brutal!

—Sí, ahora hacete el desentendido. —Le espetó mientras Maxi la miraba sin dejar de sobarse la cabeza; Mauricio, al volante, no paraba de carcajear.

—¡Ja! ¡Si esta noche no te agarra Daniela a los golpes, te agarra Paula!

El viaje continuó mientras hablaban de tonterías. Cuando se encontraban siempre lo pasaban muy bien. Maxi imitaba al chico nuevo de la limpieza a la perfección; le salía igualito y a Paula le dolía el estómago de tanto reírse con sus ocurrencias.

Llegaron al Hotel Faena Universe, en pleno corazón de Puerto Madero Este, y aparcaron.

—Abrime la puerta, Maximiliano, demostremos que tenemos buenos modales.

Los tres se rieron mientras Maxi bajaba y le ofrecía su mano para que bajase del coche. Al hacerlo, Paula recorrió con los ojos la fachada del lugar y no pudo evitar soltar un silbido. Mauricio le entregó las llaves al aparcacoches, luego se dio la vuelta y se apresuró a cogerla también del brazo.

—Guau, me siento como si me hubiera escapado de una película de Hollywood —dijo Paula, divertida, mientras entraban por un pasillo a media luz con alfombras rojas, espejos y taburetes bajos.

—Te quería ofrecer el brazo rápido —le explicó Mauricio en voz baja— porque con esos zancos que te pusiste, sin duda, te vas a romper una pierna y no quiero terminar en el hospital en vez de en una discoteca —bromeó e intentó contener su risotada, pero sonó tan estridente que ella lo miró con sorna y le dio un pellizco de esos que dejan marca.

—¡Qué poco sentido del humor! —se quejó él mientras se sobaba el brazo.

—¡Ustedes dos son incorregibles, compórtense un poco que todos nos miran! —los increpó Maxi por lo bajini.

—Che, tú primito debe de tener una buena posición económica para alojarse acá. ¿En qué trabaja? —le preguntó ella, asombrada por el lujo de aquel lugar, y se sintió muy feliz de haberse arreglado como lo había hecho.

—Tiene una agencia de coches, goza de un buen pasar, pero está en este hotel porque ha venido con un amigo que bucea en dinero y tengo entendido que se quedarán un mes.

—Ya lo creo que bucea en plata —dijo Maxi—, no cualquiera puede pagarse este lujo. —Al entrar, se les acercó en seguida el encargado que, después de que ellos le explicaran a quién buscaban, se dispuso a ayudarlos.

—Por favor, señores, acompañenme por aquí —les indicó con muchísima amabilidad, mientras los guiaba hasta el lujoso restaurante biblioteca. Paula y Maxi se quedaron esperando a Mauricio y él se fue hasta la recepción.

—¿Y?

—Mikel me mandó decir que ya baja —aclaró Mauri al volver. Sentados en los oscuros y estilosos sillones del lugar, al cabo de unos minutos vieron entrar a un rubio de metro ochenta y cinco, como mínimo, al que Paula reconoció en seguida. Entonces le tocó el brazo a Mauricio para que se diera vuelta.

—Ahí viene Mikel. —Mauricio se puso de pie con rapidez para que su primo lo viera, y él se acercó de inmediato. Se fundieron en un abrazo interminable mientras se palmeaban la espalda, después se apartaron y Mikel saludó con otro efusivo abrazo a Maximiliano, a quien recordaba muy bien. Tras intercambiar algunas palabras en inglés, finalmente miró a Paula y llevándose la mano al mentón le preguntó:

—¿Paula?

—Sí, Mikel, ¿cómo estás? —le respondió ella, mientras él la abrazaba y le daba vueltas en el aire.

—Luces hermosa, te recordaba más menudita, estás hecha una *femme fatale*.

—Gracias, vos también estás guapísimo. Y veo que tu español ha mejorado mucho.

—Uf, no tanto, aunque lo manejo mucho mejor que la última vez que estuve en Argentina, y todo es gracias a mi amigo. ¡Qué alegría que

hayan podido venir! Apenas llegué, llamé a Mauricio y le pedí que los invitara. Me apenó pensar que había la posibilidad de que no vinieran.

—Debo reconocer que primero rechacé la invitación, pero al enterarme de que estabas en Argentina, cambié de opinión con rapidez. Me acordé de lo bien que nos lo pasamos la última vez que viniste y por nada del mundo me iba a perder esta noche. —Todos se rieron con la explicación de Paula.

—¿Y tu amigo? —preguntó Mauricio intrigado.

—Ya baja, estaba hablando por teléfono, por eso me adelanté. Pasemos al bar, lo esperaremos mientras tomamos algo. —Siguieron los pasos de Mikel que les indicaba el rumbo hacia el bar que estaba junto a la piscina. Era cuestión de aprovechar que la temperatura nocturna, en esa época del año, era muy agradable.

—¡Qué hermoso lugar! —Mauricio se quedó obnubilado con las lámparas bajas que iluminaban dramáticamente las tumbonas rojas que había alrededor de la piscina.

—Alex es muy exclusivo, pero no se sientan abrumados, aunque tiene mucho dinero es una persona muy sencilla. Ya verán que les va a caer muy bien.

—Eso espero —dijo ella—, si no voy a poder disfrutar. No es que quiera hacerte quedar mal pero el protocolo es para la oficina; hoy es viernes y quiero disfrutar y distenderme.

—Y lo haremos, Paula —le prometió Mikel—, te lo aseguro. —Se rieron mientras se acomodaban en la barra.

—¿Les parece que bebamos champán? —Los tres amigos asintieron y, después de que el camarero sirviera las bebidas, brindaron por el reencuentro. Tras sorber su copa, Mikel le preguntó a Mauricio:

—¿Y tu novia? Creí que vendrías con ella.

—Nos encontraremos con Clarisa y sus amigas en la disco, no podían quedar tan temprano. De todas formas, vas a estar un mes acá, así que tendremos tiempo de sobra para salir otro día a cenar.

—Claro, le pediré al camarero que nos prepare una mesa para cinco.

Mientras bebían, recordaron diversas anécdotas del viaje anterior. Mikel miró la hora en su reloj y, en ese mismo instante, el maître se acercó para indicarles que la mesa estaba lista y los invitó a seguirlo. Cuando entraron en el Bistró, el restaurante del hotel, todo lucía de un blanco ní-

veo, desde el mobiliario de tapizado fino hasta los manteles y las cortinas; la decoración de aquel espacio era tan impactante que daba la sensación de estar en un recinto palaciego.

—¡Qué lujo! Este lugar es hermoso —exclamó Paula mientras se sentaban. En ese momento, Mikel levantó la vista y vio que su amigo finalmente había llegado.

—Ahí viene Alex.

Mikel extendió su mano para hacerle señas y que los viera. Alex lo vio de inmediato y, aunque su primera reacción fue estudiar a las personas que estaban con él, su vista se clavó indefectiblemente en la dama que los acompañaba. Aun a lo lejos, Paula le pareció una mujer muy atractiva, con una boca muy deseable, una estrecha cintura y unos senos normales pero voluptuosos. Ella miró hacia la entrada y descubrió a un hombre de metro noventa, con cabello castaño oscuro y tonalidades rojizas, que acababa de entrar. Sus hombros eran anchos, su espalda bien definida y tenía unos ojos claros, cuyo intenso color era difícil de adivinar en la distancia. Paula supo que era él a quien esperaban, porque él asintió levemente con la cabeza mientras se dirigía a paso seguro hacia el lugar donde ellos se encontraban. De inmediato se sintió atrapada por la seguridad con la que aquel hombre se desplazaba y se movía. Además, su preferencia por las personas pulcras quedaba totalmente colmada con el amigo de Mikel, cuyo aspecto no era pulcro sino impecable. Ella, que no solía poner demasiada atención en la forma de vestir de la gente, sacó una radiografía de Alex mientras se acercaba: llevaba unos pantalones vaqueros con camisa negra, zapatillas informales de piel y una americana gris oscura que, por la confección y la textura de la tela, aparentaba ser muy cara. «¡Uf, qué apuesto! Esos labios son perfectos. Me encantaría verlo con sombra de barba, realmente creo que estaría muy sexy», pensó mientras lo repasaba de arriba abajo.

—*Hi, goodnight!* —Alex saludó y se colocó al lado de Paula. De cerca le pareció aún mucho más bella de lo que había advertido desde lejos. Ésta estaba embelesada, no podía apartar sus ojos del rostro del recién llegado y, casi sin disimulo, siguió estudiándolo a conciencia durante un rato—. Perdón por la demora, pero he necesitado contestar unas llamadas.

Ella consideró que su voz era tan subyugante como la seguridad y el

garbo que había desplegado mientras se acercaba, y le pareció muy atento por su parte que se disculpara en un perfecto español. De inmediato, se sintió atraída por su belleza indiscutible y por la cadencia que adquirirían las sílabas que pronunciaba en castellano, con un acento perfecto, y por ese tono seductor que era casi una caricia para sus oídos.

—Buenas noches. No es nada —respondieron los tres amigos a la vez y, sin más dilación, Mikel le presentó a su primo en primer lugar. Alex le extendió la mano con fuerza y seguridad, algo que al estadounidense le gustó —al parecer de la joven, que todavía lo observaba—, luego le presentó a Maximiliano, que también le devolvió el saludo y, en último lugar, hizo lo propio con Paula. Alex giró levemente su cuerpo hacia ella rogando que no fuera la novia de ninguno de los otros hombres. Ella, por su parte, se sintió intimidada por la mirada mordaz que él le dedicó y, al fijar sus ojos en su rostro, quedó del todo obnubilada por su belleza; le extendió la mano, pero era obvio que él no tenía intención de cogérsela, así que se apoyó en su asiento, y desplegó toda la seducción de su cuerpo buscando la mejilla de ella, en la que depositó un delicado y mullido beso. Un escalofrío recorrió la espalda de Paula al contacto con sus carnosos labios y no pudo evitar arrebujarse en la silla.

Al incorporarse, Alex creyó conveniente resolver la duda desde el principio y con una expresión interrogativa se dirigió a Mauricio y a Maximiliano:

—*Your girlfriend?*

—No, no —negaron ambos y ella se sumó a la aclaración:

—Solamente amigos. —Su voz femenina sonó estridente por encima de la de ellos y se amonestó en silencio. «¡No hace falta que aclares con tanto ímpetu!» Y, de inmediato, sintió el rubor en sus mejillas.

—Mikel me dijo que vendrías con tu novia, por eso he preguntado —aclaró Alex dirigiéndose a Mauricio.

—Sí, es verdad. Pensaba que podría, pero al final hemos quedado luego en la disco —le explicó de forma amigable.

—De acuerdo —asintió Alex mientras se acomodaba en el lugar que habían dejado para él.

—¿Ya pidieron? —se interesó mientras fijaba sus enormes ojos azules en Paula. Ella, a su vez, se había quedado embobada mirándolo; ahora, por fin, podía distinguir el color de sus iris. «¡Hey! ¿Me comieron la

lengua los ratones?», pensó sin poder pronunciar palabra. Estaba extasiada por su perfume y por esa mirada cautivadora que, desde que había llegado, buscaba la suya.

—No, recién nos sentamos a la mesa —contestó Maximiliano al ver su nerviosismo. «Te amo, amigo, cómo me conocés. Te juro, Maxi, que hablaré con Dani», le prometió Paula en silencio. Entonces cogió su copa y bebió hasta terminar lo que quedaba en ella, luego se puso de pie para ir al baño y Alex saltó de su silla de forma caballerosa. No era una actitud muy común, pero él la adoptó con tanta naturalidad, como si fuera una costumbre habitual, que le gustó. «Vaya, ¿acaso se trata de un caballero con armadura de acero?» Trató de orientarse para encontrar los rótulos del baño y, entonces, Alex le indicó con el pulgar:

—Creo que es por allá.

—Gracias. —Se encaminó hacia el lugar y pasó por detrás de Mikel encauzando su paso. Ella no podía verlo, pero sintió cómo la mirada del estadounidense se clavaba en ella. «Lo único que falta es que con estos tacones se me doble el pie y haga el numerito más vergonzoso de mi vida. Pero ¡qué guapo es este gringo, mi Dios! ¡Qué ojazos y que voz tiene! Pero ¿qué me pasa? Parezco una colegiala», pensaba mientras caminaba hacia el baño. Suspiró e intentó tranquilizarse: «Sólo se trata de una cara bonita y de un cuerpo armonioso, Paula».

Ya en el baño, mojó una toalla de papel y se la pasó por la nuca y las muñecas; se sentía muy acalorada. Retocó su maquillaje, se puso perfume de nuevo y volvió a la mesa en seguida. Mauricio y Maximiliano la vieron acercarse y Alex hizo el amago de ponerse de pie, pero ella descubrió su intención y puso una mano sobre su hombro para detenerlo. Ambos sintieron un cosquilleo y, aunque intentó disimularlo, éste de pronto se sintió extraño e inseguro.

—No es necesario, Alex, muchas gracias —le habló Paula con una voz suave y melosa que lo sedujo aún más. Maximiliano la miró intrigado por cómo le había hablado al gringo y le clavó los ojos. No hacía falta que hablaran, con la mirada se lo habían dicho todo. «Bueno, sí, tenés razón. Fui demasiado obvia, pero él no me conoce, no sabe cómo hablar», le dijo ella sin pronunciar palabra. Y supo que Maxi la había entendido.

—Oh, por supuesto que es necesario —se expresó Alex con calma y

se levantó igual, moviéndose con agilidad y gentileza. Cuando Paula se sentó, él le arrimó la silla y regresó a su asiento. En ese preciso instante, Mauricio comprendió el flirteo entre ambos y se atragantó con el vino. Paula casi lo fulminó con la mirada.

—Gracias —dijo ella.

—Pedí vino, pero tu amigo me dijo que no te gustaba —aclaró Alex mirando a Maximiliano—, pero éste es un buen Chardonnay. He descubierto que tienen una interesante bodega en este lugar. Te sugiero que lo pruebes y, si no te gusta, luego podemos pedir lo que sea de tu agrado. —Sus ojos estaban fijos en los de ella mientras seguía con su explicación—: Un buen vino siempre realza los sabores de la comida.

Paula no se atrevió a rechazarlo puesto que podría haberse entendido como una desconsideración por su parte, así que cogió la copa con torpeza, como si fuese la primera vez que bebía, y le dio un sorbo.

—Exquisito —afirmó—. Me quedo con el vino.

Durante el intercambio con Alex, Maximiliano la miró, pues sabía que el vino blanco se le solía subir con facilidad a la cabeza. Su amigo intuó lo mismo que Paula: ¡ridículo al canto!

La conversación era difícil de seguir a ratos. Hablaban un poco en inglés y otro poco en español porque a Mikel le costaba comprender un poco el idioma local. Mezclaban ambos y Alex, además, también hacía de intérprete. Todo era muy divertido.

El camarero no tardó demasiado en traer los platos y Paula se sintió desconcertada puesto que no recordaba haber pedido nada. Entonces Alex se apresuró a explicarle, mientras los otros tres no dejaban de parlotear y reírse; parecían ignorarlos.

—Como estabas en el baño y tus amigos me han dicho que eras de paladar amplio, me he tomado la libertad de pedir por vos para que todos los platos llegaran a la vez —le explicó mientras se incorporaba un poco en el asiento para acercarse a ella—. No te importa, ¿verdad?

—No, no, claro. Gracias.

«Me alegro —pensó él—, porque para los planes que tengo con vos te necesito con mucha energía. Así que mejor que te alimentes bien.» Se quedó mirándola y ella se recriminó por decir sólo «gracias», como una boba. Se sentía estúpida y tenía la sensación de que si hablaba no iba a poder dejar de tartamudear. Alex le sonrió de lado, inclinó su

cabeza ligeramente y ella, entonces, comprendió que estaba derretida. Entrechocaron sus copas y bebieron vino, aunque los demás no se dieron por enterados. «Te quiero bien mansa, nena. Mis ratones están a mil en mi cabeza.» Los pensamientos de Alex desvelaban sus oscuras intenciones.